

Diálogos dedicados a "A Cesare Pavese y sus Diálogos con Leucó"

A Carolina Behrens Morales

JORGE RAMÓN LÓPEZ FALCÓN

Nace en Caracas en 1955. Lic. en Educación, mención Ciencias Sociales (UCAB). Magister en Historia de las Américas, Cum Laude (UCAB).

Se desempeñó como docente en tres planteles de Educación Media por aproximadamente diez años. A nivel superior, es catedrático de diversas materias vinculadas a la historia universal y nacional en la Universidad Católica Andrés Bello, en la Universidad Metropolitana (dictando el curso Arte Clásico, que forma parte del pensum del Diplomado de Historia del Arte Occidental) y en el Seminario Arquidiocesano de Caracas, Santa Rosa de Lima.

Laboró por casi dieciocho años en la Biblioteca Nacional de Venezuela; la mayoría de estos años dedicados al área "Libros Raros y Manuscritos" como Jefe de la División de Manuscritos y Archivos Documentales. En los últimos dos años, trabajó como Coordinador en la Unidad de Investigaciones Ángel Raúl Villasana, en diversos proyectos de índole editorial (área dedicada a la investigación histórica, antropológica y literaria).

Asimismo, formó parte del Comité Editorial de la Revista *Altagracia*, en la que llevó a cabo la revisión de textos.

Otras actividades: escribe cuentos y practica la escultura. De su extensa muestra literaria, hemos querido mostrar sus "Diálogos míticos" desde el Olimpo para los mortales...

Hermes y Afrodita. Primer diálogo mítico¹.

Sentados a la sombra de unos cipreses, justo al borde de un estanque en algún lugar del monte Olimpo, se hallaban conversando Hermes y Afrodita.

Hermes: –Amiga de aventuras y amantísimo triunfo de Eros (si no su preferido), ¿has ideado algún nuevo "juego" últimamente?

Afrodita: –No que yo recuerde, hace milenios que los inventé todos, que por lo demás me siguen gustando.

Hermes: –¿Estás del todo segura?

Afrodita: –Bueno, para ser sincera, desde hace cierto tiempo pienso en recrearme, o como dicen allá abajo hoy día –proyectarme– promoviendo nuevas perspectivas amorosas en los mortales.

Hermes (sugestivo): –y en los Olímpicos... no lo niegues...

Afrodita: –Y en los Olímpicos, por supuesto.

(Tras una breve pausa o silencio)

Hermes (a manera de suave reproche): –Tu nunca cambias...

1 Finalizado aproximadamente en Octubre de 1990. Últimas revisiones: el 09 de marzo de 1998. - / - Martes 14 de Abril de 1998. Lunes 17-03-2003 y tres revisiones en el año 2005, siendo la última el 28 de Noviembre.

Afrodita (en tono defensivo): –Jamás, de otra forma no sería Yo la Diosa que soy.

(Silencio chico)

Afrodita (mirándole con picardía): –Tú tampoco has dejado de ser un “niño terrible”, ¿o me equivoco?

Hermes: –No, pero aún no acostumbro a invadir la intimidad de los mortales, como tú...

Afrodita (displaciente): –Cada cual cumple su función en el Universo.

Hermes (sonreído): –mmm... es cierto.

Afrodita (con un peculiar brillo en los ojos): –Me encanta percibir los efluvios eróticos en los humanos. Estar cerca de ellos cuando copulan.

Hermes (censurando): –Cuando se aman...

Afrodita (levemente incómoda): –Cuando lo hacen –puntualizó.

Afrodita (misteriosa): –Escucha lo que escuchas... escucha atentamente...

Hermes: –Sólo percibo el rumor del manantial y el sonido que producen las hojas que caen al estanque, ¡ah! y también el que genera el viejo Bóreas.

Afrodita (algo irritada): –¡No, tonto!, escucha bien... A treinta y tres estadios de este lugar, en una humilde cabaña, un pastor y su mujer yacen abrazados apasionadamente y él es tan vigoroso...

(Embelesado, el rostro de la Diosa expresa un indecible deleite).

Hermes (irónico): –¡Mira pues! y tendrán un bebé en nueve meses...

Afrodita: –Así lo deseo, y será como su padre, un salvaje sátiro inagotable.

Hermes: –Pues no, será una bella campesina de pechos vigorosos, buena para ser montada...

Afrodita (visiblemente disgustada): –¡Cómo te atreves!

Hermes (mirándose las uñas): –también soy un Dios, ¿o no?

Afrodita: –¡Por Zeus!, ya esto nos ocurrió antes y el fruto no fue feliz.

Hermes (ligeramente sonreído): –Sí, recuerdo el caso... aunque el cambio sufrido por nuestro hijo fue posterior. Su error estuvo en no haber querido complacer los requerimientos amorosos de esa estúpida y antojadiza ninfa. Paradójicamente, aunque

siguió siendo divino por su origen, prefirió hacerse humano, y era *Tu hijo* tanto como el mío, no conoció el amor, vivió lo que le tocó vivir y murió inmerso en una pesadilla.

(Al unísono y en voz baja)

Ambos Dioses: –Hermafrodito...

Afrodita (algo entristecida): –¿Sabes amor mío? Preferiría no recordar esa parte de nuestros amores. Realmente me llena de desconsuelo lo acaecido con ese muchacho. Pero reconozco que labró su propio destino.

(Ambos se tomaron de las manos en silencio)

Afrodita: –¿Sabes que a esta nueva criatura le echaste una broma?

Hermes (esbozando una sonrisa): –Temo que sí... ¡pero gozará tanto!

Afrodita: –Ni lo sueñes, será un varón que menstruará.

Hermes: –¡O una mujer con erecciones estelares!

(Silencio pequeño)

Afrodita (con evidente resentimiento): –Mejor será que su madre lo pierda, que lo aborte. Así de paso le evitaremos sufrimientos posteriores.

Hermes: –Me opongo a ello. Veremos lo que resulte esta vez, al fin y al cabo el paso del tiempo no nos ha causado molestia nunca. Podemos esperar, digamos, unos 18 años. ¿Te parece?

La brisa fría produce una incómoda sensación en los númenes, que mirando al vientecillo alado con desdén, proceden a ascender majestuosamente a la siempre cálida morada del Olimpo, allende al cinturón de nubes grises que rodea eternamente a la elevada cumbre. Afrodita gira sobre sus talones y busca con una pícaro mirada al viejo aire helado. Hallándolo le mira intensamente. El dioscecillo siente un cosquilleo delicioso y no sabe que hacer. Teme a esa mirada desconcertante. Ella le sonríe y él huye despavorido. Ha mucho que comprendió que un simple beso de la Diosa lanzado al aire, podría hacerle enamorar, hasta de la más áspera piedra. El viento cesó, al huir con rapidez el numencillo que lo generaba.

Una tarde, diez y ocho años después, el hermafrodita fue al bosque en busca de leña para poder calentar la choza donde moraba con su familia. Mientras la recogía pensaba:

Hermafrodita: –La mayoría de los humanos huyen al verme. Sin embargo, algunos piadosos creen hallar el poder de los sempiternos en mi persona. Me llaman entonces “Esencia del Cosmos”, “deidad”. Siempre obro igual ante tales manifestaciones. Les digo que se equivocan. Que soy un mortal como cualquiera. Del mismo modo, para mi desventura, muchos hombres y mujeres expresan sentir una irresistible atracción por mí, más cuando me observan desnudo, confundidos, me llaman fenómeno, monstruo y de otras tantas maneras. Algunos persisten y tratan de poseerme según dicte su sexo y particular deseo. Su irreverente voluptuosidad me es ofensiva, por lasciva. Ignoro lo que buscan o pretenden hallar en mí. No obstante, algo me dice que lo ansiado va más allá de mi sexo, ¿mi sexo?, ¿mis sexos!... ¿Qué calamidad soy yo, casta Athenea? –se preguntaba el hermafrodita en aquella soledad–.

(Hermes y Afrodita leen con avidez cada pensamiento del infeliz, quien continuó lucubrando).

Hermafrodita: –La bruja del pueblo me ha dicho que fui el fruto de una treta divina y la sacerdotisa de Afrodita afirma, que no puede revelar mi secreto origen, pues atraería la cólera de la Diosa sobre su cabeza. En fin, que hacerlo sería traicionarla...

(La Diosa sonríe y piensa en su acertada sacerdotisa)

Hermafrodita: –Hasta los sátiros y ménades de la foresta me hostigan y mortifican. Ellos con sus obsesiones y ellas con sus risas y naturales deseos. Al rechazarles me increpan echándome en cara que no soy hombre ni mujer. Que soy un híbrido estéril, un pariente de las lamias o de las esfinges.

(Hermes sopla al oído del joven y Afrodita le asesta un codazo al primero).

Hermafrodito: –Sea macho o hembra, soy humano y mortal. Como me dijera en una oportunidad un anciano sacerdote de Apolo, que hallé en el mer-

cado. Ese que no temió posar sus manos en mi cabeza y bendecirme como a un hijo, delante de las gentes de la ciudad. ¡¿Me escuchan Hermes y Afrodita?! Viviré por los míos, viviré para mí. ! Tendré cabida en los Campos Elíseos. Eso me dijo Apolo a través de sus hierofantes. Eso musitó jadeante la pitonisa. Moriré como lo que soy, sirviendo de jardinero en el Templo de ese Dios bueno que no se mofa de mí. También le teje mantos y elaboro otros objetos para su culto. Él es la Luz. Nada queda oculto a sus ojos. La desgracia que me ocasionaran ustedes no le fue desconocida y apiadándose de mí me ha brindado su cobijo y amparo. “Hombre y mujer eres, en un solo cuerpo. Dos en uno. Un arcano misterioso que será descifrado gracias al Luminoso Febo”, eso dijo el sumo sacerdote. Palabras estas que provinieron de los mismos labios del Dios.

Hubo un pequeño silencio, tras el cual el hermafrodita espetó:

Hermafrodita: –Y sigo siendo el hijo amado de mis ancianos padres ¡No de vosotros, númenes jugueteros!, y aunque os respeto no ocuparé más mi tiempo en pronunciar vuestros nombres.

Hermes está visiblemente conmovido pero Afrodita mira ofuscada al hermafrodita, al tiempo que dice:

Afrodita: –Te haré sufrir por las alevosas palabras que has proferido. En verdad sufrirás como el Minotauro, medio bestia, medio humano. Tornaré tan pesada tu carga, que maldecirás haber nacido.

¡Desgraciado de ti, bicho mortal!

La Diosa alzó su mano con la intención de descargarla sobre la humanidad del desafiante hermafrodita, pero otra la sujeta con firmeza, la ataja justo antes de que aquella descargue su golpe. Una voz le increpa vigorosamente:

–¡No te atrevas, Yo le protejo!

(Era Febo Apolo)

Febo (visiblemente perturbado): –De sus charadas surgió un ser que siente y padece. Un ser del que me he apiadado. Así que ¡ya lo saben, nada de celadas, ni de tropelías!

Hermes (irónico y suavemente sarcástico): –yo no me meteré con él, o ella... querido Febo, así que ni te molestes en advertirme.

Afrodita (ensombrecida): –¿Quieres guerra nuevamente, dulce Apolo?

Apolo: –Sabes que la detesto, pero no me desafíes. Conozco tus armas, demasiado poderosas incluso para los Dioses Padres y Titanes. Por otro lado, Tu conoces las mías igualmente. Mejor dejemos este asunto cerrado y no nos enfrentemos, bella amiga.

Afrodita, seria y estudiándolo le mira y con fingido desinterés le dice:

Afrodita: –Mejor así... Febo. Te dejo al mortal, para que te "sirva" como quieras...

Apolo: –El humano no es mi esclavo, Señora. Como tampoco quiere serlo él de las pasiones que Tú generas en el Kosmos. Por ello le he tomado a mi cuidado. Pronto enviaré a uno de mis sacerdotes para que le lleve a Delfos. Realmente me complace su alma. No me mofo de su cuerpo y menos aún le miro con tus ojos...

Afrodita (francamente disgustada): –¡No faltaba más, qué le mirases con mis ojos! Ciertamente eres osado, Febo. ¿Acaso ignoras que puedo, y de hecho genero, elevados sentimientos e ideales entre los mortales? No en vano muchos de alma pura elevan sus preces invocándome como a la misma Athena, La Celeste me llaman. Y con respecto a las pasiones que promuevo en el Kosmos y en el Kaos... (sonríe victoriosa), no te quejes ni me censes, mal agradecido... Tú las has sentido por igual. ¿O quizás me equivoqué?

Aconteció otro silencio, después del cual la Diosa le expresó:

Afrodita: –¿Qué piensas hacer con el humano, Apolo, acaso le darás la opción de escoger el sexo de su agrado, el que te pida, lo harás como mi niño Príapos o como Medea, la insaciable ménade de Kalcis?

Apolo: –Nada de eso, él es el sexo y el alma. Quiero por ello tenerle cerca de mí, porque es buena persona, es honesto.

Afrodita (reventando a carcajadas): –Sí, ¡un buen hombre y una buena mujer!

Apolo (serio-sombrío): –Un buen mortal.

(Tras un breve espacio silencioso...)

Se dejan escuchar címbalos, arpas y tamborcillos. Entre risas aparecen las Musas y un coro de jóvenes Dioses y Diosas, desconocidos para los mortales. Estos últimos llegan alegres y desenfadados, castañan-

do los dedos y cantando un cadencioso himno, que no es otro que el Peán. De repente, las Diosas callaron y sólo los varones continuaron el cántico. El mismo se tornó súbitamente vigoroso, casi marcial. Las voces, fusionándose, expresaban:

Cantemos, jubilosos

Loas al Invicto Apolo Peán.

Señor que sana las almas afligidas,

Con la divina luz de su Ser.

¡Salve, Señor de la Luz!

¡Salve, Oh destructor de las tinieblas del Ser!

¡Llor a Ti, Salvador e Impulsor del Kosmos!

¡Invencible Padre!

¡Loas al Liberador de Delfos!

¡Loas al vencedor de Pitón!

Los cantos continuaron. Las estrofas se sucedieron unas a otras, hasta que al unísono las voces enmudecieron. En silencio, las juveniles divinidades rodearon al Radiante. Afrodita y Hermes, extasiados, observan la estupenda compañía de Febo. Este ejecuta una reverencia y besa la mano de Afrodita. Los demás hacen unas rápidas reverencias y parten jubilosos con Él.

Afrodita (con un dedo entre los labios, piensa en silencio, curiosa): –¿A dónde irán?

Hermes (le susurra dulcemente en el oído): –A Delos...

El Trimegisto, sonreído con picardía, la deja sola en su triclinio del Jardín de Rosas.

Afrodita (hablando en voz baja, pensativa): –Sola... Otra vez sola... ¡Mi espejo! (Grita molesta).

(Una ninfa vuela y se lo facilita)

Afrodita: –¡Acomoda mis cabellos, Evécme! Esta noche habrá fiesta en el Olimpo y deseo lucir mis mejores galas. Quizás conozca algún nuevo Dios. Uno que pueda arrancarme de la tiranía del odioso herrero. Esa cruel tortura que me impuso Zeus. Ah, el Tonante no se imagina siquiera los juegos que le tengo deparados. Jamás me cansaré de cobrarle tal afrenta a mi majestad y gloria. Haber tenido el atrevimiento de casarme en contra de mi sacra voluntad. ¡Ni que Él fuera mi padre!... (Expresión esta última que retumbó en su mente). Mi Padre... (Dice pensativa) el sempiterno Urano fue emasculado por Kronos y de su Divina Simiente y el furioso Ponto, nací Yo. No podré perdonarle jamás a Kronos el daño infringido

a mi progenitor, aunque entienda las desesperadas razones que le impulsaron a ejecutar esa acción. ¡Maldita serie de castraciones cósmicas! El Tonante asimismo castró a Kronos y rescató a sus hermanos del pútrido vientre titánico, que no pudo digerirlos.

Yo soy quien soy: la esencia de toda belleza y de todo amor. Las pasiones, sin límite alguno, me pertenecen por derecho propio. Constituyen mi dominio. Y siendo como soy más antigua que los Olímpicos, a los cuales fui invitada a unirlos para morar aquí, no debí acatar jamás la orden de Zeus que me obligaba a desposarme con Hefestos. ¿Qué hubiera ocurrido si me hubiese negado a ello? ¿Qué castigo me hubiera infringido el Tonante por desacatar sus órdenes? ¿Acaso hubiera tenido el valor de encerrarme en una oscura prisión, privando al Universo entero de la belleza y armonía que le caracteriza, por mi intercesión? Bueno, hasta los Dioses cometemos errores. A fin de cuentas me queda un imperio infinito. Y el torpe marido que me fue asignado no resta para nada mi libertad. Pero detesto ese cojo celoso al que puedo manipular a mi antojo.

(La ninfa Evécme, con gracia suprema continuaba acomodando la cabellera de la Diosa, sobre la cual colocó una diadema de brillantes y rubies)

Afrodita: – ¡Ja! (Exclamó risueña), Zeus me cree lejana a la mayoría de sus secretos embrollos amorosos, siendo que en todos algo sino mucho he tenido que ver... Pero, me pregunto, ¿qué puedo hacerle al imperturbable Kronos?, pues seguirle enmarañando la creciente barba que sobrepasa en dimensión a la mismísima Vía Láctea...

Mientras así hablaba, la Diosa de rosada piel, unos doscientos amorcillos alados, consagrados a su servicio, atajaban en el aire con mágicas redes las palabras que la Diosa profería. Todo ello con la intención de neutralizarlas para que de ese modo no llegaran a los oídos de su divino consorte, el cojo Hefestos, siempre atento a escuchar cualquier expresión que su esposa dijese, para luego reclamarle con impertinente tono. De similar forma, los alados cupidos no dejaron escapar ni una sola de las palabras que Afrodita, en su disgusto, lanzara al Eter contra Zeus, el Padre de numerosísimos Dioses y héroes. Esa, más que

ninguna otra, era la principal función de los ligeros niños de la Diosa. Tarea que aquellos cumplían a la perfección.

Un momento después la Diosa del Amor y la Belleza, agudiza la mirada sobre una rosa, ésta se marchita y pétalo a pétalo la flor va desnudándose, hasta quedar desprovista de gracia alguna. La chipriota entonces piensa en lo más íntimo de su ser (para sí):

Afrodita: –Vaya Eros a saber, de cuántos ojos dispone Afrodita para ver al mundo.